

# Multitudes

*María Inés García Canal\**

En este trabajo se ofrece una reflexión en torno a la emergencia de nuevos sujetos y subjetividades en los albores del nuevo siglo. De acuerdo con la autora, no podemos seguir apelando a los mismos referentes teóricos para comprender la nueva realidad que enfrentamos: “poblaciones trashumantes que aumentan día a día en amplitud, surgidas en la diáspora, que cruzan fronteras incesantemente, que emergen aquí y allá, sin domicilio fijo, sin credencial de identidad, ubicadas siempre en los límites, en los intersticios, habitantes imprecisos del umbral”. La autora propone pensar lo social desde estas nuevas subjetividades, seguir sus pasos, oír su voz, e intentar comprenderlos desde las formas organizativas y políticas conocidas, modificándolas.

*Crowds.* In this work it is proposed a reflection around the emergency of new subjects and subjectivities at the beginning of this century. According with the author of this article we can not keep conjuring up the same theoretical referents to understand the new reality we face: “migrant populations which are increasing daily in length, emerging as diasporas, crossing borders all the time, merging here and there without fixed addresses, without identity cards, always located on the borders, in the gaps, as spectral inhabitants of thresholds”. The author proposes to think the social arena from these new subjectivities, following their steps, hearing their voices, and trying to understand them from the already known organizational and political forms, modifying them.

DESDE MEDIADOS del siglo XX vivimos en un mundo que ha cambiado sus parámetros, produciendo las condiciones que han hecho posible la emergencia de nuevos sujetos y la configuración de subjetividades que no pueden ser aprehendidas bajo los lentes teóricos a los que seguimos apelando.

\* Profesora Investigadora, Departamento Política y Cultura, UAM- Xochimilco.

Mundo en que las identidades fijas que caracterizaban hasta hace no mucho tiempo a los sujetos se han abismado, al tiempo que las diferencias no pueden ser leídas ya como simple reflejo de rasgos étnicos, culturales o económicos establecidos por los esquemas canónicos.

Se hace, entonces, imprescindible realizar una lectura desde otros registros que permitan dar cuenta de un cúmulo de otredades que se constituyen en situación liminar, que habitan en los mismos intersticios; registros que hagan posible acceder a un gran espectro de otras historias, otras voces, otras narrativas: campesinos e indígenas desplazados, refugiados políticos y económicos, migrantes y desterrados que recorren el mundo en busca de un lugar donde anclar.

Poblaciones trashumantes que aumentan día a día en amplitud, surgidas en la diáspora, que cruzan fronteras incesantemente, que emergen aquí y allá, sin domicilio fijo, sin credencial de identidad, ubicadas siempre en los límites, en los intersticios, habitantes imprecisos del umbral.

Poblaciones, a su vez, que violentan los parámetros fijos de toda identidad, que se resisten a las normas y los valores sostenidos autoritariamente y dificultosamente por el ejercicio del poder, que se escabullen a las formas rutinarias de la vigilancia. Si bien en los márgenes de lo social-institucional, estas poblaciones rehacen y reconfiguran una historia, elaboran narrativas de sí, inventan y reinventan un nosotros, fabrican una memoria y producen un tiempo que se conjuga en paralelo al tiempo social hegemónico; desarrollan, a su vez, una ética pautaada por la supervivencia, en la cual el vicio y la virtud se llenan de nuevos contenidos. Producen sin cesar sus propios sociolectos, lengua también de frontera que conjunta fragmentos, palabras y sentidos de lenguas oficiales superpuestas; de esta manera denotaciones y connotaciones disímiles se yuxtaponen sin enfrentarse, provocando sintaxis singulares que reflejan su propia situación liminar.

Surge, entonces, en el mundo actual un nuevo sujeto social activo que se esparce por el orbe entero con una alta movilidad: la multitud, conjunto de individualidades en diseminación permanente, en continuo desplazamiento, capaz de desafiar todo tipo de univocidad y centralidad.

Este nuevo sujeto social activo configura una nueva cartografía del mundo, se apropia, a la manera del nómada, de los espacios ciudadanos por medio de una incesante circulación de cuerpos y de “lo común” compartido, siempre cambiante, resultado de los avatares del hacer cotidiano, capaz de producir formas marcadas por la afección sin que se hagan visibles las operaciones que

las produjeron: demarcación de lo ajeno para hacerlo propio, emplazamiento de señales y signos que buscan producir una geografía a fin de reconocerse en ella. La huella, el indicio es lo que resta de una práctica que se realiza desde las sombras, desde la invisibilidad y el anonimato; su hacer común emerge en disrupción, a la manera de una *performance* en el sentido artístico y teatral del término.

Gilles Deleuze, en 1990,<sup>1</sup> se hace eco de una de las preocupaciones de método claves en el trabajo histórico-reflexivo de Michel Foucault, centrada en la noción de actualidad, la cual debe distinguirse del presente cronológico. La actualidad no es el presente, sino un lugar colocado en la excentricidad, en el sobresalto, en la puesta en distancia y en la pérdida de identidades: lo actual es el esbozo de lo que vamos siendo; de tal manera que el conocimiento del pasado ha de ser puesto al servicio del discernimiento de lo actual, ha de lograr valor de diagnóstico.

De esta manera, Gilles Deleuze hace evidente el deslizamiento de las sociedades disciplinarias propias de la modernidad occidental, dibujadas hasta la misma obsesión por Foucault, hacia otro tipo de sociedades emergentes después de la Segunda Guerra Mundial que denomina sociedades de control, siguiendo la perspectiva abierta por las novelas de Burroughs y por las reflexiones sobre la velocidad de Virilio.

Señala el paso de la disciplina al control provocado, según el autor, por la crisis que enfrentan las instituciones de encierro; por la explosión e invasión en ámbitos múltiples e insospechados de una tecnología informática en crecimiento ininterrumpido que modifica las formas de pensar, construir y habitar; y la aparición de nuevos tipos de subjetividades, no ya sometidas al trabajo de modelación de sus cuerpos para hacer de ellos cuerpos sometidos y productivos tal como lo perseguía la disciplina, sino a una *modulación* que es propia del control, en continuo cambio, que trastoca las instituciones en su propia esencia; como por ejemplo la escuela, puesta hoy al servicio de la empresa, en que la educación toma la forma de “formación permanente”, en la cual nunca se termina nada, se convierte en un proceso suspendido, siempre en suspenso; en tanto que en las sociedades disciplinarias no se hacía más que comenzar, reiniciar el proceso en otro lado, en otra institución, siempre en

<sup>1</sup> Gilles Deleuze, “Post-scriptum sur les sociétés de contrôle”, *Pourparlers*, Les Éditions de Minuit, París, 1990.

otro nivel; escalada sostenida de un nivel a otro: terminar uno para iniciar otro en un nivel superior.

En las sociedades disciplinarias el sujeto se debatía entre la individualización y la homogenización, sometido a una técnica que lo individualizaba y particularizaba al ponerlo bajo la lente de una observación constante y un vigilancia continua y, al mismo tiempo, lo incluía en un colectivo en el cual era disuelto, perdido su nombre y rostro para adquirir la dimensión de un número, por el cual era reconocido. Individualización constante para el logro de la homogenización y la abolición de la singularidad para ser integrado y disuelto en la masa. Proceso de masificación a partir de la individualización persistente.

En tanto, en las sociedades de control se impone una lógica diferente, su lenguaje es numérico, el sujeto es reconocido no por el nombre ni la firma, sino por la cifra, se convierte en un dígito que borra rostro y nombre, formando parte indivisa de muestras estadísticas, de mercados o bien de cuentas bancarias o tarjetas de crédito; plásticos que posibilitan o rechazan la apertura de las múltiples vallas que la sociedad produce, dando lugar a una discriminación tan intensa como la desarrollada por la sociedad disciplinaria, aunque lograda por la concentración y acumulación de información. De esta manera los individuos se pierden tras el número y las masas se convierten en bancos de datos.

Las máquinas energéticas que caracterizaron a las sociedades disciplinarias son reemplazadas por máquinas informáticas y ordenadores, al tiempo que se produce una transformación radical en las formas hegemónicas de trabajo y producción, más que producción de bienes y mercancías, producción de información, saberes y afectos. Del ciudadano encerrado por la técnica disciplinaria en la fábrica, la escuela, la casa, la cárcel... se ha arribado al hombre endeudado por el crédito y a la proliferación de la extrema miseria de los tres cuartos de la población mundial, ya demasiado numerosos para ser encerrados, ya demasiado pobres para el endeudamiento.

El control es tarea, fundamentalmente, de los medios de comunicación, convertidos en máquinas para producir miedos: miedo a la violencia, al desempleo, a la escasez de agua, a los cambios climáticos, al deterioro de la atmósfera. Control por la vía de las múltiples y variadas formas que asume el discurso de la seguridad.

La multitud es el nuevo sujeto social que comienza a configurarse a partir de la emergencia de las sociedades de control, siendo imprescindible reflexionar

sobre ella en tanto sujeto colectivo clave para el análisis de las formas de vida y cotidianidad del mundo actual. Multitud que se aleja cada vez más de esos otros sujetos sociales que encontraron su sitio y lugar en distintos momentos en Occidente: el pueblo y la masa.

Las masas fanatizadas, de las que hablaron Le Bon y Freud a principios del siglo XX, en tanto conjunto indiferenciado poseedor de un alma colectiva, aglutinados alrededor de la figura de un líder, masa productora de emociones, ideas y sentimientos intensos en fuerte ligazón que conducía a la clara desaparición de la individualidad, a la disminución progresiva de las capacidades intelectuales y a la explosión de los afectos; se pasó, a fines del siglo XX, a lo que Baudrillard dio en llamar las mayorías silenciosas, masas enfriadas, sometidas a un claro proceso entrópico: “retiradas al silencio...” —decía Baudrillard a fines de la década de 1970— ya no son sujeto... ya no están alienadas” dado que perdieron la calidad de sujeto social.

Las masas tanto en su forma activa o pasiva, no se corresponden con estas poblaciones nómades que se vislumbran en el escenario actual. Tampoco pueden asimilarse a la categoría de pueblo, en conveniencia y armonía con la formación de los estados nacionales y las democracias representativas. Colectivo que dirige su acción hacia la consecución de una unidad, hacia la centralización y la conformación de una voluntad única y soberana. Ya Hobbes aclaraba en *De Cive* que Estado y pueblo deben darse al unísono, si falta el Estado no puede haber pueblo. El pueblo sintetiza o reduce las diferencias sociales en una identidad, produciendo una unidad indiferenciada.

La multitud, en tanto, no constituye una sola voluntad, ni converge en una unidad indiferenciada, es la forma de existencia de los muchos en tanto muchos, aglutinados alrededor de ciertos elementos que se constituyen en “lo común”: un mismo sufrimiento; una misma inquietud; una misma falta, un mismo deseo; la exigencia de ciertas libertades civiles, el ejercicio de algún derecho político o social no reconocido; demanda explícita, que toma la forma muchas veces de un grito gutural aun no articulado, a ser reconocidos, vistos, hacer evidente y audible su presencia, reclaman la existencia como derecho.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cf. Paolo Virno, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Colihue, Buenos Aires, 2003; Mauricio Lazzarato, *Políticas del acontecimiento*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006; M. Hardt y A. Negri, *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Debate, Barcelona, 2004.

No se halla conformada estrictamente por trabajadores o ciudadanos, si bien trabajadores o ciudadanos pueden integrarse a la multitud y aunar a ellos su voz y sus demandas; los sujetos que la integran tienen también en común el hecho de haber perdido su comunidad de pertenencia, de encontrarse en los límites mismos de lo social, resultado de los múltiples desplazamientos a los que se hallan enfrentados sean geográficos, laborales, afectivos, de ámbitos y también de tiempos.

En la multitud las diferencias persisten y se expresan con insistencia, si bien dialogan entre sí y logran consensos puntuales, efímeros, cambiantes en búsqueda de la consecución de aquello que los aglutina y los mueve en común.

La multitud que ha comenzado a tener una presencia cada vez más insistente en la sociedad actual, se transforma en objeto de perturbación del orden dominante, ya que transita por vías desconocidas y algunas inéditas, se convierte en un sujeto activo sin forma precisa, su hacer es imprevisto y actúa por sorpresa.

Estas individualidades profusas aglutinadas alrededor de “eso” común no buscan como objetivo político su institucionalización, no construyen un proyecto ciudadano, escapan a las organizaciones políticas y partidarias, pertenecen a muy diversos órdenes sin pertenecer a ninguno que les otorgue un lugar identitario.

Paolo Virno pone el énfasis en la tonalidad emotiva de la multitud, que se presenta siempre bajo el signo de la ambivalencia, tomando la forma de afirmación o bien de rechazo, de resignación o de inquietud, de enojo, rabia, o bien de crítica y puesta de distancia, al igual que puede dominarla el oportunismo, el cinismo, hasta la misma defección. Puede tener las más variadas declinaciones siempre cambiantes según los acontecimientos y las circunstancias; es decir no genera hábitos ni rituales, es variable e impredecible, de ahí su carácter perturbador del orden establecido.

No hay que olvidar que la cotidianidad en la actualidad se encuentra inmersa en un juego de reglas cambiantes, carentes de estabilidad que no logran legitimidad ni institucionalización; de tal manera que la vida se transforma en una simple apuesta, en la cual no importa el contenido del juego, sino el placer de jugar que se expresa en una adhesión momentánea al mismo tiempo que efímera.

Su hacer no se halla respaldado en valores trascendentes y universales sino que se encuentra regido por los afectos y afecciones que “los muchos en tanto muchos” son capaces de movilizar.

Este nuevo sujeto social toma la ciudad como escenario para sus múltiples, inesperadas y aún insólitas o violentas manifestaciones, se convierte en una maquinaria productiva incesante, es parlanchina en oposición a las mayorías silenciosas, cambia el sentido de los discursos oficiales, realiza su crítica desatando el humor y la ironía, siendo impredecible en su devenir.

Sólo es posible hoy acercarse a este nuevo fenómeno social tratando de entender su funcionamiento y de vislumbrar su por-venir, reconociendo que su tiempo es el presente, como el presente de un grito, de una algarabía y que aún no construido un futuro ya que se halla desgajada del pasado. Pareciera, entonces, que estamos frente a un sujeto aún en conformación, al cual estamos obligados a seguir sus pasos y a oír su voz, a fin de pensar lo social e institucional desde ella y a ella desde las formas políticas y organizativas conocidas.